

“Una enorme bola de fuego” se montó en microteatro Miami dentro del ciclo “Por el futuro”, entre el 7 de junio y el 8 de julio del año 2012.

Producción y dirección: Jesús Quintero.

Actuaron:

Diana: Victoria del Rosal.

Benjamín: Jair Bula.

UNA ENORME BOLA DE FUEGO.

PERSONAJES:

BENJAMÍN: 41 años

DIANA: 39 años

Escenario: La escenografía es un espacio vacío solo con un sillón o una silla y una puerta tapiada al fondo.

Diana sentada en la silla vestida con un suéter verde, amarrada de las manos con una soga floja. Benjamín con un telescopio en las manos, camina nervioso observando su reloj.

DIANA: (Mostrando las manos) ¿En verdad esto es necesario?

Benjamín duda un segundo.

BENJAMÍN: No, claro que no.

Quita la soga de las manos de Diana, ella se soba las muñecas y observa alrededor.

DIANA: Así que aquí vives.

BENJAMÍN: Sí. ¿Qué te parece?

DIANA: ¿Quieres la verdad o prefieres que sea amable?

BENJAMÍN: ¿Se pueden ambas?

DIANA: No, en este caso no.

BENJAMÍN: ¿Es tan malo el lugar?

DIANA: Malo no, descuidado, diría...

BENJAMÍN: Falta el toque femenino.

DIANA: Exacto, eso debe ser.

BENJAMÍN: Pues no lo puedo arreglar, aunque tienes razón. Para una circunstancia tan especial como ésta debí haber limpiado un poco, escombrar; aunque sin muebles te todos modos no luce mucho...

DIANA: Poner un árbol de navidad hubiera estado bien, digo, sólo faltan unos días.

BENJAMÍN: Este año no habrá navidad.

DIANA: Cálmate Grinch.

BENJAMÍN: No es eso, recuerda que...

DIANA: Ah sí, tu historia del fin del mundo.

Pausa.

DIANA: (***Sarcástica***) ¿Cómo dices que va a ser?

BENJAMÍN: Una bola de fuego, una enorme bola de fuego, un meteorito, un asteroide...

DIANA: Divagas.

BENJAMÍN: Ok, ok, un meteorito del tamaño de un portaaviones caerá destruyéndolo todo.

DIANA: ¿Cómo una cosa tan pequeña puede destruir un planeta tan grande como la Tierra?

BENJAMÍN: Eso es lo malo, la gente da poca importancia a las cosas pequeñas.

DIANA: Tu metáfora está fuera de lugar, mejor explícame con detalle.

BENJAMÍN: Tras el impacto todo será destruido a cientos, a miles de kilómetros a la redonda por la onda expansiva

DIANA: ¡Esa sí que es una mala onda!

BENJAMÍN: Estoy hablando en serio.

DIANA: Bueno, eso no significa necesariamente el fin del mundo. La destrucción será sólo cerca del impacto... Ojala y les caiga a los...

BENJAMÍN: No, no has entendido; tras la explosión vendrá una especie de invierno nuclear que acabará con toda forma de vida; de hecho los sobrevivientes al impacto tendrán una muerte horrible, entre el hambre y el frío.

DIANA: ¡Qué horror!

BENJAMÍN: No te preocupes, caerá cerca, moriremos aplastados; apenas y nos daremos cuenta de nuestra propia muerte.

DIANA: Menos mal, ¡no sabes cómo me reconforta saber eso!

BENJAMÍN: No es broma.

DIANA: De acuerdo, suponiendo que tu información sea correcta, que lo dudo bastante, ¿por qué me has traído aquí?

Pausa incómoda.

DIANA: Vamos a ver, después de quince o veinte años sin vernos, sin saber nada uno del otro de repente me contactas por Internet; ¡Okey! dije, qué gusto encontrar este chavo ya no tan chavo... ¿Puedo verte? Preguntaste... ¿Para qué? Escribí. Para platicar y tomar un café, me respondiste. De acuerdo, y ahí voy a una cafetería de la Condesa...

Por cierto, ¿desaparecerá también la Condesa?

BENJAMÍN: Sí, de hecho muy cerca de ahí será el impacto.

DIANA: Vaya, como Sodoma y Gomorra; bueno ¿en qué estaba? Ah sí, voy ahí muy mona, con un vestidito pegado, que a pesar de mis treinta y tantos años me queda súper bien, me siento en una mesa sobre la acera, pido un capuchino descafeinado, cruzo mi piernita y espero... espero... espero...

BENJAMÍN: Es que...

DIANA: Ah. Ah. Ah, no, espera tu turno... Bueno, hasta que por fin tras de un árbol, como investigando si llegué, te sorprende. Pensé que sería más difícil reconocerte después de tantos años, la verdad no has cambiado mucho.

BENJAMÍN: Tú sigues igual de hermosa.

DIANA: Dejate de cumplidos... Entonces... Te saludo con un ademán de mano y tú, cachado in fraganti, no tienes más remedio que acercarte.

BENJAMÍN: Yo sólo quería comprobar que...

DIANA: ¿En qué quedamos?

Benjamín baja la cabeza.

DIANA: Ok, entonces, te sientas y al principio me cuesta trabajo que hables, casi con sacacorchos te saco las palabras, pero luego los recuerdos fluyen, las anécdotas aparecen una tras otra y te pones alegre, me cuentas que jamás te casaste y no tuviste hijos y te pones triste; yo te platico de mi vida y me vuelves a contar cómo nos conocimos en aquel lejano 1986.

Benjamín se levanta y camina hacia la izquierda y Diana le observa.

BENJAMÍN: Esa primavera la radio anunció **(con voz de locutor)**: Esta noche si las condiciones meteorológicas lo permiten el cometa "Halley" podrá ser visto en dirección suroeste...

¡Suroeste!, veamos, norte **(apunta Benjamín el telescopio hacia el frente)**, sur... oeste, **(gira hacia donde está Diana, mirando por encima de ella)**...

nada, no hay nada, las nubes no me dejan ver, si no lo veo es como si no existiera. **(Baja benjamín el telescopio observando directamente a Diana, que lo saluda con la mano).**

Y ahí estabas tú, sonriendo enfundada en tu uniforme de secundaria.

DIANA: ¿Qué es eso?

BENJAMÍN: Me preguntas señalando mi telescopio, un telescopio –te dije con la superioridad de un estudiante de preparatoria, es para ver el cometa, el cometa Halley.

DIANA: Pues creo que esta noche ni con tu telescopio ni con nada podrás verlo.

BENJAMÍN: **(Para sí)** A pesar de que eso me sonó a burla, me hice el desentendido. **(A Diana)**. ¡Debo verlo esta noche o nunca!

DIANA: No será para tanto, puedes esperar a que pase de nuevo.

BENJAMÍN: No, tardará ochenta años.

DIANA: Si de veras deseas algo bien puedes esperar tantos años.

BENJAMÍN: Te observé como te miro ahora, ¿esperar? Pareciera que no tengo otra alternativa. ¡Rayos! Siempre he odiado que tengas razón.

Diana levanta los hombros y sonrío.

BENJAMÍN: **(Acercándose a Diana)** Bien, creo que las nubes no permitirán ver nada y después de todo es sólo un cometa.

DIANA: Así es, sólo una gran bola de fuego que cruza por el espacio.

BENJAMÍN: No es fuego, es hielo y la luminosidad es causada por su lenta desintegración.

DIANA: Yo prefería imaginar que era fuego, porque... ¿cómo puede consumirse el hielo lentamente? En ese momento no tuve la respuesta y además, esa tarde me invitaste una pequeña bola de nieve que me comí con gusto mientras te observaba tratando de descubrir tus secretos.

BENJAMÍN: Y por cierto, ¿qué haces en la calle a estas horas?

DIANA: Sólo te sonreí y jamás te contesté.

BENJAMÍN: Y por cierto ¿qué hacías?...

DIANA: Y jamás te respondí, y dejando a un lado el pasado platicamos de otras cosas y todo habría estado bien esta tarde, el café, la plática... Pero me tenías que invitar a tu casa; de principio me sorprendió, nunca lo hiciste antes, me pregunté entonces ¿qué pudo haber cambiado en este tiempo para que de buenas a primeras me invite a su casa?; pero, vamos, ¿qué puedo perder? Además me

sentí intrigada por lo que pudiera haber en ese lugar: muebles, retratos, libros, la casa misma, cosas que hablaran de ti. Vaya que es peligrosa la curiosidad. Debí haber sospechado por tu nerviosismo y aparente prisa viendo una y otra vez el reloj, pero ¿cómo desconfiar de ti? De mi amigo, de mi casi, casi... en fin, aquí venimos y al llegar qué hiciste, ¡¿qué hiciste cabrón?!

BENJAMÍN: (**Casi avergonzado**) Cerré la puerta con llave, te até las manos y te dije que no podías salir, que jamás saldrías de aquí... ¿Qué pensaste?

Pausa.

DIANA: Lo lógico era creer que me ibas a violar y matar, no necesariamente en ese orden, pero por alguna extraña razón sabía que no eras capaz de hacerlo.

BENJAMÍN: Tienes razón, yo sería incapaz de hacerte daño.

DIANA: Por eso no tuve miedo solo confusión, no entendía, mejor dicho, aún no entiendo qué es lo que pretendes al tenerme aquí, encerrada.

BENJAMÍN: Es que el daño no te lo haré yo...

DIANA: ¿Entonces quién, un cómplice? ¡No me digas que eres de esos pervertidos que les gusta ver cuando...?

Benjamín niega con la cabeza vehementemente.

DIANA: ¿Entonces?... Explícame de una chingada vez, ¿por qué me tienes encerrada?

BENJAMÍN: El mundo se va a acabar y quiero que estés aquí, quiero que cuando este cochino mundo truene estemos juntos.

DIANA: ¿Por qué? Pudiendo haberte ido al mar, a París; si se acabara el mundo yo preferiría estar en París...

BENJAMÍN: Jamás conocí París.

DIANA: Siempre hay tiempo.

BENJAMÍN: No, ya no hay tiempo.

DIANA: Y dale con eso, mira, si en verdad lo que dices fuera cierto, no estaría aquí contigo, preferiría estar con...

BENJAMÍN: No lo digas.

DIANA: Vamos, ¿qué tengo yo de especial? ¿Por qué quieres estar conmigo cuando tu mundo se acabe?

BENJAMÍN: Porque mi mundo eres tú.

DIANA: Vamos Benjamín ¿Cómo puedes decir eso? Si hace años que no siquiera nos vemos.

BENJAMÍN: Tú a mi no, es cierto, pero yo te veo a diario cerrando mis ojos, recordándote, se que no es sano y menos después de tanto tiempo, pero no ha habido día de mi vida que no piense en ti aunque sea un instante.

DIANA: Nunca lo hubiera imaginado.

BENJAMÍN: Pues si, así es y así ha sido desde ese día que en vez de una enorme bola de hielo en el cielo vi una pequeña bola de nieve frente a tu cara; desde ese día que te descubrí en dirección suroeste sonriéndome; desde ese día que me diste tu teléfono, nada de celulares que ni existían, teléfono de casa, desde el momento que con todo el temor del mundo tome el teléfono y te llamé y me contestó tu mamá “¿Quién habla?”, “Benjamín, un amigo de la escuela”, mentí, pensando que no te dejaría ser amiga de un chavo de prepa; desde el momento que comencé a soñar contigo de noche y de día, a dedicarte canciones en mi mente y pensamientos y sueños, y desde el día que empecé a planear cómo conquistarte y cómo decírtelo a su debido tiempo y con la debida circunstancia...

DIANA: Fui a ver el cielo.

BENJAMÍN: ¿Perdón?

DIANA: Esa noche cuando nos conocimos fui a ver el cielo, a buscar el cometa, tu cometa.

BENJAMÍN: Pero...

DIANA: Pero no era el cometa, era lo que significaba el cometa y sin embargo miré al cielo y no vi nada, sólo nubes y a ti con un pequeño telescopio; “Éste busca lo mismo que yo”, pensé, y por eso me acerqué a ti; pero pasó el tiempo, nos hicimos grandes amigos, pero siempre esperé que me dijeras algo más.

Benjamín se pone un vidrio negro sobre los ojos.

BENJAMÍN: Ésta es la noche, he esperado cinco años, quiero decirte algo.

DIANA: ¿Qué?

BENJAMÍN: Este... no se debe ver el eclipse de frente porque puedes quedar ciega.

DIANA: ¿Eso era todo?

BENJAMÍN: No, pero espera un poco, al rato te lo diré.

DIANA: Yo también tengo que decirte algo...

BENJAMÍN: Espera, ya comienza.

Benjamín avanza, se pone el vidrio sobre los ojos.

BENJAMÍN: Ahora la luna cubre el Sol, la temperatura baja, los pájaros vuelan a sus nidos; es como un ensueño, reina la paz, ahora siento que todo rencor se ha ido, que no odio a nadie, es el momento perfecto para declararte mi amor, para decirte que...

Se quita Benjamín vidrio y observa a Diana.

BENJAMÍN: Que... que no me escuchas porque ahora tú te besas con Pedro, el chavo que conociste hace apenas un mes, y entonces bajo mi eclipse, mi corazón se detiene, se oscurece, siente frío y cualquier ilusión vuela, desaparece.

El sol sigue su marcha, la luz vuelve, algunos aplauden, otros simplemente se marchan como al final de un partido o de una película, yo me quedo estático.

DIANA: Eso es lo que te quería decir, hace unos días me hice novia de Pedro...

Luego me casé, tuvimos dos hijos hermosos... y ¿por qué esperaste primero cinco años y luego hasta el fin del mundo para decírmelo?

BENJAMÍN: Porque ahora ya no tengo miedo, porque no tengo futuro; mañana no habrá mañana y saber que tú jamás me quisiste... saber que nunca me amaste no importara ya.

Porque lo único que importa es que estás aquí y lo último que vea en esta vida serás tú.

DIANA: ¿Y luego...?

BENJAMÍN: No habrá luego, no tengo trabajo, ayer le menté la madre a mi jefe y le dije lo que tenía guardado por quince años; no tengo dinero, me lo he gastado todo, no he pagado la luz, el agua, el gas y no me importa, ni siquiera me importa que hoy es mi cumpleaños.

DIANA: ¿En serio?

Se levanta y lo abraza.

DIANA: Muchos días de éstos... Y ¿cuántos cumpleaños?

BENJAMÍN: 41.

DIANA: Vaya, no es precisamente la mejor edad, te lo digo yo que estoy en mis 39.

Morir a los 39 no puede ser tan malo, no hay arrugas, los achaques son aún soportables. Y tú en cambio, para un hombre morir a los 41 debe ser bastante malo; digo, morir a los 24 como Acuña, a los 33 como Cristo o a los 100 como Henestrosa, está bien... pero a los 41, edad difícil ¿no? ¿Qué va a decir la gente?

BENJAMÍN. Nada, nadie dirá nada, porque no habrá nadie, ni nada, éste es el fin, ¿aún no lo comprendes?

Ella se vuelve a sentar, él camina nervioso.

DIANA: Sí, sí, ya sé: caerá una piedrota del cielo y moriremos como viles dinosaurios, ¿quién te lo dijo, eh? ¿Los mayas? ¿Nostradamus? ¿Mausán?

BENJAMÍN: La Nasa.

DIANA. ¿Qué?

BENJAMIN: La Nasa y los chinos.

DIANA: ¿Cómo es eso?

BENJAMÍN: Hace poco unos hackers lograron entrar a sus archivos y la información coincide, de hecho han estado trabajando juntos; este meteorito lo descubrieron hace poco más de un año, han enviado misiones como de película, pero en estos tiempos la mayoría de las películas no tiene final feliz, no hay nada que hacer.

DIANA: Eso es absurdo, ¿por qué no lo han hecho público?

BENJAMÍN: Piensa, ¿para qué? No hay a dónde escapar; es decir, está el espacio y unos cuantos se salvarán aunque sólo temporalmente; este planeta será inhabitable por décadas y aquellos que lleguen a las estaciones espaciales sólo tendrán unos cuantos años de provisiones y oxígeno; lo que quiero decir es que al hacerlo público sólo se difundirá el caos, el terror, por eso se ha insistido tanto en que no es el fin del mundo porque en verdad lo es.

DIANA: Entonces, ¿es cierto Benjamín? El mundo acabará (*se levanta*). ¡Déjame salir!

BENJAMÍN: No, ya es tarde, el fin llegará en cualquier momento.

DIANA: Pero mis hijos están solos, no quiero que estén solos, no quiero que les pase nada, yo tengo que estar con ellos.

BENJAMÍN: ... Y con tu marido

DIANA: ¿Cuál marido?... Él se fue hace tiempo, después de quince años, plaf, la llama se apagó.

BENJAMÍN: No lo sabía.

DIANA: Pudiste haber preguntado. ¡Ah, lo olvidaba, tú esperas años para preguntar!

Pausa.

DIANA: ¿Y no tienes una televisión, un radio, algo para saber?

BENJAMÍN: No tengo nada, ya lo sabes y aunque así fuera, no van a decir nada. ¿Quién va a cubrir, Diana, el fin del mundo? ¿No crees que cualquier reportero, camarógrafo, ayudante preferirá estar con su familia?

DIANA: Como yo con mis hijos.

BENJAMÍN: Ok, no preferirían estar con su familia a estar transmitiendo en vivo y en directo el fin del mundo. ¿Cómo sería? **(Con voz de locutor)** En este momento se da el impacto, ahora usted, yo y todos morimos... tan, tan.

DIANA: No lo sé...

BENJAMÍN: No, prefiero morir cuando me toque y no cuando me digan, y prefiero morir viéndote.

DIANA: Déjame salir, tengo que ver a mis hijos.

BENJAMÍN: Es tarde.

DIANA: ¿Qué?

BENJAMÍN: El impacto será en unos minutos, no llegarías a ningún lado.

DIANA: El teléfono, mi teléfono.

BENJAMÍN: ¡No! **(Él trata de quitárselo).**

DIANA: Si es verdad que me quisiste, que me quieres aún, déjame llamarles.

BENJAMÍN: Esto no es como lo había planeado.

DIANA: Casi nunca lo es, pero es lo que hay, no siempre debe esperarse hasta el eclipse.

Benjamín se aleja, Diana marca.

DIANA: ¿Sí? ¿Bueno? ¡Diablos, no hay señal!

BENJAMÍN: Es uno de los efectos de la cercanía del meteorito es una perturbación magnética que...

DIANA: ¡Por Dios, cállate!

BENJAMÍN: Perdóname.

Pausa.

DIANA: ¿Por qué?

BENJAMÍN: Por todo, no hay tiempo de detalles.

DIANA. Está bien.

BENJAMÍN: No, perdóname principalmente por haberte traído aquí, con engaños, no pensé en tus hijos.

DIANA: No te preocupes, si tienes razón todo acabará pronto, sólo espero que mis hijos no sufran.

BENJAMÍN: Sólo faltan unos minutos.

Ambos se sientan en el piso.

BENJAMÍN: ¿Puedo preguntarte algo?

DIANA: Sí.

BENJAMÍN: ¿Me quisiste alguna vez?

DIANA: Creo que es tarde para esa pregunta.

Ambos se observan nostálgicos.

BENJAMÍN: Pasó un cometa y te conocí.

DIANA: Una gran bola de hielo luminoso como tú, pero que jamás logré ver.

BENJAMÍN: Un eclipse y te perdí.

DIANA: No se pierde lo que nunca se ha tenido, el eclipse es oscuridad total, pero pasajera.

BENJAMÍN: Y una gran bola de fuego que por fin nos mantendrá juntos.

Se escucha un sonido, se abrazan.

DIANA: Es el fin

BENJAMÍN: Te habría esperado más allá del fin del mundo...

Oscuro, pausa.

Se enciende una vela.

Diana en el piso, Benjamín de pie con una vela.

DIANA: ¡Seguimos vivos!

BENJAMÍN: ¡No es posible, yo creo que...!

DIANA: Yo creo que te cortaron la luz por falta de pago.

Se levanta.

DIANA: Fallaron los mayas, falló Nostradamus, falló la Nasa, los chinos y también Mausán.

Se observan un largo rato. Ríe.

DIANA: ¡Carajo, seguimos vivos!

BENJAMÍN: ¿Y ahora?

DIANA: Tenemos una nueva oportunidad

BENJAMÍN: Pero, ¿mi trabajo?

DIANA: No lo tienes.

BENJAMÍN: ¿Dinero?

DIANA: Tampoco, y ni siquiera podrás ver un poco de tele porque te han cortado la luz.

BENJAMÍN: Preferiría estar muerto, tengo 41 años y no tengo nada.

DIANA: Sólo 41 años y un mundo que no se ha terminado.

Pausa.

BENJAMÍN: Yo quisiera explicarte todo lo que te hice.

DIANA: No, lo hecho, hecho está.

BENJAMÍN: Sí, claro, si quieres denunciarme yo lo entenderé, pero todo lo que te dije...

DIANA: Y lo dicho, dicho está.

BENJAMÍN: Tienes razón (*suspira*), lo dicho, dicho está.

DIANA: Ahora ¿puedo irme? Quisiera a ver a mis hijos.

Benjamín quita una tabla de la puerta.

BENJAMÍN: Claro que puedes.

Diana se dirige a la salida, regresa.

DIANA: ¿No es curioso que tenga que acabarse el mundo para que alguien luche por sus sueños?

BENJAMÍN: Es porque ya no se tiene nada qué perder

DIANA: Y nada qué ganar, pero tienes una oportunidad; busca un trabajo, pero algo que de verdad te guste; gana dinero, consíguate una novia y por Dios, dile lo que sientes y lucha por ella.

Diana le tiende la mano.

DIANA. Adiós Benjamín, tal vez nos veamos cuando pase de nuevo el cometa "Halley".

BENJAMÍN: Adiós Diana... ¿puedo hacerte una última pregunta? ¿En verdad crees que tenga una nueva oportunidad PARA TODO?

DIANA: ¿Quieres que te diga la verdad o quieres que sea amable?

BENJAMÍN: ¿Se pueden ambas?

Diana SÓLO SONRÍE.

FIN.